



A FUEGO LENTO

¿Merece la pena perder a tu familia
por unos amigos y las redes sociales?

70 VECES 7

NOEMÍ SAIZ SAIZ

SEKOTIA

NOEMÍ SAIZ SAIZ

A fuego lento

70 veces 7

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© NOEMÍ SAIZ SAIZ, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: abril de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES • NOVELA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación: Javier Díaz Martínez

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 979-13-87812-06-5

Depósito legal: CO-1121-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

A FUEGO LENTO.....	9
12 MESES ATRÁS.....	14
EL GRAN DÍA	22
LA VIDA SIGUE.....	36
VUELTA A EMPEZAR.....	42
EL MOMENTO DE EMPEZAR.....	50
AMANECERÁ.....	63
COLE NUEVO..., VIDA NUEVA.....	68
EL TIEMPO PASA VOLANDO.....	86
FANTASMAS DEL PASADO	90
UN VERANO DIFERENTE	94
EL CAMINO ESTÁ BIEN, PERO NO ES LA META.....	98
EL FINAL DEL VERANO.....	120
LA VUELTA AL COLE.....	129
RE-VUELTA AL COLE	152
NADIE TE AMA.....	167
LA CORRESPONDENCIA NO CORRESPONDIDA	175
NUNCA SE SABE.....	185
CINCO MESES DESPUÉS	200

Aminoré el paso, no sé por qué iba tan rápido. Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta y miré la hora: las 21:30.

Aún tenía un cuarto de hora para llegar a casa, toque de queda, y estaba a tan solo 3 o 4 minutos.

Paré en seco, me tapé los ojos con las palmas de las manos y respiré profundamente. No quería pensar, pues al pensar, por alguna extraña razón sentía unas inmensas ganas de llorar y sabía que, si me dejara llevar, no podría parar de hacerlo.

Debería estar feliz, muy feliz, era un momento único en mi vida. Mis amigas decían que lo estaría, que ellas lo habían estado. ¿Por qué, entonces, me SENTÍA... ASÍ?

El pitido de un coche me hizo despertar de golpe. Abrí los ojos y seguí caminando hacia casa.

—Uyyyyyy Marta, rozando el palo, casi casi no llegas —a mi padre le gustaba tocarme un poco las narices, tenía un humor peculiar y, la verdad, NO ESTABA para gracias.

—Pero he llegado, ¿verdad?

—Ehhhhh, monina, menos humitos y vete a la cama ya.

—Anda déjala, Juan, ya sabes cómo está últimamente, no hay quien la tosa.

Mi madre tenía toda la RAZÓN, de un tiempo a esta parte estaba realmente insoportable, no me aguantaba ni yo.

Mi padre se apartó, mi madre levantó la vista y se quedó mirándome fijamente a los ojos. Debieron ser unos segundos: 2, 3, 4..., pero se me hicieron eternos, me sentí como si estuviese mirando en mi interior.

—Marta, cariño, ¿qué te pasa?

—Nada mamá... Estoy cansada y quiero darme una ducha.

—Sabes que... puedes confiar en mí, en... nosotros, ¿verdad? Sé que... algo te ocurre.

Mi padre se giró sobre sí mismo para volverse a mirarme con cara de no entender nada, pero... de pronto la preocupación ensombreció su rostro, como si hubiera sido capaz de leer dentro de mí también.

—No me pasa nada mamá, no es nada —se me quebró la voz... tenía que salir de allí— voy a darme un baño y estaré mejor.

Subí las escaleras corriendo, sin darles tiempo a responder, les oí hablar a lo lejos en murmullos, con tono preocupado.

Me metí en la habitación sin hacer ruido. No quería despertar a María, menos aún a Alicia. Mis hermanas tenían 4 y 10 años respectivamente y lo peor, en ese momento, sería una especie de interrogatorio sobre cómo había ido la fiesta del 14 cumpleaños de Lidia y si había estado... Gabriel. Dejé de pensar... Los ojos se me habían llenado de lágrimas solo con sentir su nombre. Tenía que bañarme.

Cuando me sentía agobiada, triste, mal, culpable, cosa que había ocurrido muy a menudo en los últimos meses, me relajaba el bañarme con agua caliente, metiendo la cabeza dentro, oyendo solo el eco de mi respiración.

Me desvestí, me sumergí en el agua... ¿Cuándo había empezado toda aquella locura? ¿En qué momento mi vida había cambiado para transformarse en..., eso?

Sollocé y un llanto enorme lo invadió todo, la pena que llevaba dentro metida salió como nunca antes lo había hecho...

Mientras me peinaba, veía en el espejo cómo lágrimas silenciosas me corrían por las mejillas y traté de recordar en qué momento había sido feliz por última vez...

12 MESES ATRÁS

Nuestras risas se oían por todo el parque. Lidia y yo éramos amigas desde Infantil y seguíamos riéndonos con las tonterías de siempre. Ella acababa de cumplir los 13 (a mí me quedaban 3 meses para hacerlo) y sus padres le habían regalado un *smartphone* de última generación.

La verdad es que la envidiaba enormemente, mis padres eran de los pocos trogloditas que se negaban a regalarme uno, en clase solo quedábamos la friki de Laura y yo... Porque ahora Lidia ya tenía el suyo.

—Ja, ja, ja. Lo malo, Marta, es que tu hermano tiene ya los 16 y todavía no tiene móvil. ¿Les parecerá bien a tus padres si te regalo uno para tu boda?

—¡Mira que eres tonta! —me reí yo también—. Seguro que me lo regalan como premio de fin de carrera.

Llevábamos toda la tarde haciéndonos fotos de lo más tonto... Y, a estas alturas, empezamos a «posar» de manera más profesional, vamos como hacían el resto de nuestras compañeras de clase.

—¿Qué nombre me pongo en Instagram?

—Pues Lidia González, ¿no?

—Tú eres más tonta de lo que pareces... Con ese nombre los únicos que me van a encontrar son mis padres. Uhmm, ¿qué te parece @ChicaLidia?

—¿De verdad o me tomas el pelo? —reí yo también—. No lo visualizo para nada.

—Joe, ¡qué difícil es esto! Pues dime tú listilla.

—No sé... @LadyLidia... ¿Muy cursi no? —Eso de poner nombre en una red social era más complicado de lo que parecía, pero también estaba resultando ser bastante divertido.

—Más que una pianola, que dice mi madre, y que, si te digo la verdad no sé qué es —se quedó pensativa mirando al cielo y dijo: ¡LO TENGO! @SoloLidia.

—¡Mola! Suena a genuino. ¿No?

La verdad es que... creo que fue la última vez que nos reímos de esa manera tan tonta en que solo las niñas saben hacerlo. Suena bastante trágico, pero el móvil de Lidia cambió nuestras vidas —las de las dos— no solo por lo que ocurriría meses después, sino por la forma en que transformó nuestro modo de relacionarnos.

Ahora nuestras salidas al parque transcurrían en torno a ese «aparato», apenas charlábamos. Los padres de Lidia solo le dejaban el móvil por las tardes y... aprovechaba los ratos conmigo para «ponerse al día». Hacía dos meses de su cumple y ya tenía más de 400 seguidores, así que pasábamos la tarde en busca de la foto perfecta que nos diese más y más *likes*. Y he de confesar que no se nos daba mal.

Al principio, todo aquello me exasperaba un poco, echaba de menos a la antigua Lidia y los ratos juntas tomando un helado y hablando de su «Zanahorio» (un pelirrojo que le volvía loquita) y mi Róber (un chico de Segundo al que apenas me atrevía a mirar).

Pero... Ya sabéis aquello de «si no puedes con tu enemigo... únete a él».

Un pitido discontinuo característico de los mensajes de Instagram sonó, Lidia miró, sonrió y apartó un poco el móvil... El Zanahorio estaba ahí. Se escribía con él desde hacía como 10 días. ¡Quién se lo iba a decir a ella, que llevaba enamorada de él desde segundo de Infantil! Y, bueno, parecía que en 10 días se habían hecho íntimos... Incluso se habían declarado su mutuo amor.

No sé si era la velocidad con la que estaban pasando las cosas o tal vez los celos que sentía por el nuevo círculo de amistades, que el móvil estaba abriendo ante mi amiga del alma, pero lo cierto es que aquello no me parecía ni medio normal.

—¿Sabes? —me dijo entonces.

—¡Anda, cuenta ya, no seas mala!

—Es que... en fin, como eres tan... tú... igual piensas que me estoy precipitando o, directamente, soy una cualquiera, aunque ya sabes lo que ha significado para mí él todos estos años.

—¿Tan yo? ¡Será posible! —¿A qué se refería?— Bueno ya me contarás luego qué es eso de ser «tan yo»... Pero... CUENTAAAAA.

—Buenoooooooo... Ya sabes que llevo varias semanas hablando con Luís.

—No exactamente semanas, 10 días —a ver, seguramente le habían cundido como semanas pero en mi pueblo 10 días no son dos semanas, los pintes como los pintes— y, ¿desde cuándo Zanahorio ha pasado a llamarse Luís?

—¿Ves? —Puso cara de «te lo dije»—. ¡Ya estás siendo tú!

—Vale, vale, me callo... —añadí con resignación.

—Venga, pesada, pues sigo. Ya sabes que mi Luís (nuestro Zanahorio) y yo charlamos y..., nos queremos —noté que se ponía un poco colorada al decirlo y no quise añadir nada más, no era mi intención que se sintiese incómoda—. El caso es que..., en fin..., Uhhh, mejor te lo leo: «Lidia ya sabes que..., te amo más que a nadie». «Sí, Luís, lo sé... Yo tb lo siento».

—Lidiaaaaaaaaaaaaaaaaaa, niñaaaaaaaaaaaaaa, ¡¡¡Te ha dicho que te amaaaaaaaaa!!!! ¡¡¡Qué fuerteeeeeeeeee!!!! —Uysss, a ver si iba a volver a decir que era «muy yo», reculé—. ¡¡¡Cuánto me alegro!!!

Uysss, menos mal, había conseguido que cambiara su expresión, ahora sonreía de oreja a oreja. ¡¡POR LOS PELOS!!

—Sigo leyendo: «El otro día te conté cómo..., me pone estar cerca de ti»... «Ja, ja, ja... Sí, Luis. La verdad es que casi me muero de vergüenza... pero a mí también me pasa 😊».

—¿Le has dicho a Luís, digo a Zanahorio, que te pone estar a su lado? —me tapé la cara con las manos, muerta de risa y..., de horror.

—Como vuelvas a abrir la boca Marta Gutiérrez Martín, te juro que no te cuento nada más.

Su tono amenazante sonó de lo más creíble y yo no quería quedarme sin saber el final de aquella historia que, a decir verdad, me tenía bastante sorprendida. ¿Qué le había pasado a mi amiga Lidia en tan poco tiempo? ¿Sería el amor? ¿Sería la edad?

Hice un gesto de perdón, juntando las manos, y la miré mostrando arrepentimiento.

Continuó leyendo:

—«Me muero por besarte, por abrazarte y acariciarte, nunca he deseado tanto a ninguna otra chica».

Lidia me enseñó el resto del texto, decía que le daba corte leérmelo en voz alta... Se la veía tan emocionada... El Zanahorio, después de un montón de emoticonos llenos de corazones y besos por todos lados, le decía que le encantaría poder demostrarle todo ese amor y..., ELLA, mi amiga de infantil, mi pequeña Lidia, le respondía: «La verdad, Luís, es que yo llevo una eternidad deseando hacerte de todo, je, je, je... ¿Te parece si mañana te cueles en mi urba y buscamos un lugar escondido para demostrarnos lo que sentimos?».

Lidia se tapó la cara con las manos, entre emocionada y avergonzada. Y yo..., ¡¡¡no sabía qué decir, me quedaban 3 semanas para los 13 años!!! Hace tan solo dos meses comíamos chuches y suspirábamos por nuestros príncipes azules y... Detuve todos esos pensamientos o la volvería a liar con Lidia.

Intenté no ser tan yo. No quería parecer una mojigata, como mis padres, de misa diaria.

—Jooooo tía qué bien —creo que había conseguido sonar bastante creíble—. ¡VAS A BESAR A UN CHICO! ¡¡Y nada menos que al Zanahorio!!

—Síiiiiiiiií, no sabía si contártelo, las demás..., sabía que lo entenderían, pero tú...

—Pues ya ves que sí —¿las demás? ¿y yo no? Se supone que era su amiga del alma, de siempre— y además —añadí, haciendo especial énfasis en las últimas palabras— ¡me parece una pasada!

En cierto sentido me daban envidia, lo confieso, y no poca, aparte de una especie de «celos» absurdos... Ellas parecían haber madurado mucho y sus padres les daban libertad para hacer cosas que yo..., ni soñaba y..., bueno, eso de besar a un chico... ¿Qué chica de 12, casi 13 años, no sueña con besar a un chico de su edad (bueno, o un año más)? Pero..., de un tiempo a esta parte, me daba la sensación de que todo iba demasiado rápido para mí.

—Tengo que contarte otra cosa —me dijo súbitamente Lidia— María, la hermana de Silvia —hablaba como pidiendo permiso para hacerlo— va a clase con Marcos, el mejor amigo de Róber —¿a dónde quería ir a parar?—. El caso es que..., tengo a Róber en Instagram —dijo atropelladamente, casi sin respirar.

El corazón me dio un vuelco, ¿estaba despierta? ¡Aquello era... LO MÁS! ¡Podría ver todas sus fotos en el móvil de mi amiga! ¡Podría ver dónde salía, con quiénes, cómo era su casa!

—¿Qué dices Lidia? ¿De verdad? ¡No me lo puedo creer!
¡¡Podré..., verle todos los días en tu móvil!!

—Bueno... Hay más... —puso cara de circunstancias—, resulta que...

—*Arrancaaaa* —No entendía aquel gesto de culpabilidad en su cara, mezclado con cierta ilusión. Estaba empezando a ponerme *muyyyy* nerviosa, aquella «nueva Lidia» era capaz de cualquier cosa.

—Vale..., pero no te enfades.

Mi cara debió ser un poema, porque lo siguiente lo dijo mirando al móvil y sin prestar atención a mis gestos de incertidumbre.

—Le escribí, le mandé una foto tuya y le dije que llevas 4 años perdidamente enamorada de él —creo que no había podido respirar en toda la frase, la dijo de un tirón.

—¿Que has hecho QUÉ? —Estaba furiosa con mi amiga, furiosa y tremendamente avergonzada. No sabía qué añadir a esa..., especie de confesión, solo sabía que quería matarla en ese preciso momento...

—El..., mensaje que has oído antes no era de las chicas, ni de Luis, era..., de Róber.

Abrí los ojos como platos, estaba roja de ira, vergüenza, desesperación e incertidumbre a la vez...

—Lidia..., ¡voy a matarte! ¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¡No podré volver a mirarle a la cara nunca más! ¡Voy a ser el hazmerreír del colegio! Creo que no volveré a...

—Te quieres callar —me cortó en seco— lee.

Lidia me tendió su *smartphone* sonriendo. No era capaz de cogerlo. Me temblaba hasta el flequillo... Respiré profundamente y lo cogí, casi se me cae al suelo.

—Habría sido una venganza muy buena —le dije a mi amiga aparentemente seria.

«Tu amiga Marta es una preciosidad, me encantaría conocerla. La he visto alguna vez en el patio. ¿Me pasas su cuenta de Instagram?».»

¡Si me pinchan, no sangro! ¡¡¡¡«Una preciosidad»!!!! ¿Yooooo? Me dio una risa nerviosa... No podía hablar... Solo reír, más y más y más. Mi risa contagió a mi amiga..., que, me parece, también reía aliviada.

—Bueno... —dijo Lidia una vez nos hubimos calmado—, y..., ¿qué le decimos a este chico?

Es verdad, se suponía que..., quería conocerme... ¡¡Madre del Amor Hermoso!! Me puse nerviosa otra vez, ¿qué digo nerviosa? ME PUSE ABSOLUTA Y TOTALMENTE HISTÉRICA... ¿De qué podía hablar yo con..., Róber? Lo había imaginado mil veces... Pero ahora, me daba cuenta de que..., parecería un pato mareado... ¡Qué vergüenza más grande!

Ante mi..., falta de palabras, Lidia prosiguió.

—Se me ha ocurrido una idea que..., puede venirnos bien a las dos —abrí muchísimo los ojos, empezaba a temer a mi amiga—. Mira, yo he quedado mañana con Luís en mi urba, si tú vienes, mis padres estarán tranquilos pensando que estás conmigo y los tuyos igual. Y, mientras tú hablas con Róber... yo estoy con Luis. ¿No me digas que no es una idea estupenda?

¿Mañana? ¿En su urba? Me daba pánico verlo en un Burger King a tres metros de distancia, me ponía como un tomate cuando pasaba por mi lado, se me caían las cosas de las manos cuando creía que me miraba... No podía imaginar cuál sería mi actuación estelar teniéndole para mí sola ahí AL LADO. ¿Qué le iba a decir? Estaba segurísima de que le iba a parecer una niñata tonta... Era una auténtica locura y..., sin embargo, contra todo pronóstico, de mis labios salió un...

—Vale, díselo.

Sé que mi respuesta sorprendió a Lidia casi más que a mí misma... Pero rápidamente se puso a escribir para que no me diera tiempo arrepentirme:

«¿Qué te parece si vienes mañana a mi urba? Ella va a venir y estará también mi novio Luis».

Ya no había marcha atrás. Antes de que me diera tiempo a terminar lo que ella había escrito y enviado, sonó la entrada de un nuevo mensaje:

«Iré encantado, no sabes las ganas que tengo de conocerla. Díselo anda. Gracias».

¡Madre mía! ¿Qué acababa de ocurrir en tan solo unos minutos? Róber había pasado de ser un sueño inalcanzable a desear encontrarse CONMIGO... ¡MAÑANA!

Charlamos durante las siguientes dos horas... Sobre qué me pondría, que se pondría ella, qué le diría, cómo serían los besos y caricias de Luís... Y nos fuimos a «dormir», aunque DORMIR, DORMIR..., no es que ninguna durmiera aquella noche.

EL GRAN DÍA

Había terminado por dormirme no sé a qué hora de la mañana, totalmente agotada. Me levanté de un salto, deseando que Lidia hubiera cumplido ya con su parte del plan. Eran las 10:00 de un precioso sábado del mes de septiembre.

—Buenos días marmota —Fernando era mi hermano mayor, la verdad es que, para tener 16 años era muy soportable... No era un adolescente al uso, nos solía tratar bien a los 3 pequeños... —se te han pegado, pero bien, las sábanas. Con lo madrugadora que eres, y ni siquiera te has enterado del ruidoso despertar de tus hermanas pequeñas. Te nos estás haciendo mayorrrrrrr.

El pobre no tenía ni idea de la noche que había pasado... Por un lado estaba la «cierta culpabilidad» por mentir a mis padres... Pero eso..., bueno..., en realidad no era una mentira, iba a pasar el día a la urba de mi mejor amiga. Digamos que me tranquilizó la perspectiva de no estar nada más que ocultando parte de la verdad. Por otro lado estaban los enormes nervios de tener tan cerca al que, sabía, era el AMOR DE MI VIDA..., y estaba también el terrible miedo a no ser suficiente para él. Es cierto que había dicho que me veía guapa... Pero... No sé... Yo era una chica normal. Tenía la sensación de que iba a explotar por algún lado, como una olla a presión, cuando mi madre me dijo:

—Marta, cariño, ha escrito la mamá de Lidia, dice que queréis pasar el día en su urbanización y que ha pensado que podías quedarte el fin de semana entero. ¿Qué te parece?

Intenté sonar natural, aunque notaba que tenía la cara colorada como un tomate, me ardían las orejas.

—Qué bien mamá, ayer lo comentamos, pero se me había olvidado.

¡Qué pasada! No solo pasaría la tarde del sábado, sino que podría quedarme a dormir ¡era genial!

—Iremos a por ti el domingo por la mañana, a las 12:30 para que vengas con nosotros a misa —añadió mi padre.

Desayuné muy deprisa, casi sin decir palabra. Eso sí, sonriendo sin parar. Subí a mi habitación y preparé mi mochila con esmero. Cogí el brillo de labios rosado, la plancha del pelo y el cepillo, un par de bikinis, un cambio de ropa cuidadosamente estudiado... En fin..., todo y me fui a duchar y luego a vestirme.

Me puse unos vaqueros cortos del año pasado, que este año me sentaban mucho mejor. Había perdido la poca barriguilla infantil (así la llamaba mi madre) que me quedaba, tenía más curvitas, personalmente prefería tener menos, como Lidia o Isabel, pero decían que me quedaban bien; al final siempre nos gusta más lo que tienen los demás que lo nuestro propio. Era pequeñita, mis padres eran altos pero, al parecer, me parecía a la única tía de la familia que era bajita de estatura, la hermana pequeña de mi madre, ¡qué le vamos a hacer! Por suerte, también había sacado sus preciosos ojos verdes; confieso que era la parte de mi cuerpo que más orgullosa me hacía sentir y por la que más alabanzas recibía. Así que, si el pago habían sido unos cuantos centímetros menos, los pagaba con gusto.

El pelo, castaño oscuro, lo llevaba casi por la cintura; mi padre solía decirme que dónde iba con la «manta zamorana puesta» con el calor que hacía, porque casi siempre lo llevaba suelto. Me lo había alisado a conciencia. Teniendo en cuenta que iba a la pis-

cina, aquello no tenía mucho sentido..., pero..., en fin, lo había pensado tarde y trataría de no mojármelo mientras Róber no me viera, lisito me quedaba francamente bien. No lo tenía ni liso ni rizado..., «fosco», definitivamente no me lo mojaría hasta que no me viera él. Me puse una camiseta de tirantes de color rojo y me puse brillo en los labios. Está mal que yo lo diga..., pero la verdad es que me veía muy mona, me calcé unas deportivas con plataforma de color negro, preparé todo bien y salí por la puerta.

Eran las 13:30. ¡Qué nervios!

—*Martaaaaaaaaaaaaaaaaa* —era Lidia que llegaba a por mí corriendo como una loca. Saltaba de un lado para otro conmigo de la mano.

—Lo siento, pero... NO LAS ENTIENDO —le dijo mi padre, que me había acercado en coche a su casa, a la madre de Lidia—. ¡Por el amor de Dios, si os visteis ayer!

Los dos menearon la cabeza entre desesperados y divertidos a partes iguales.

—Adiós papá, me voy con Lidia, un beso.

—Adiós cielo, pórtate bien —me dijo guiñándome un ojo y, por alguna razón sentí un pequeño pinchacito en el estómago, ¿culpabilidad?... Se me olvidó.

Corrimos al piso de Lidia y dejamos mi bolsa en su habitación.

—¿Te han dicho algo? ¿Se han arrepentido? ¿Van a venir? No, ¿verdad?...

—Calma, calma, claro que vienen. Estarán aquí a las 16,00.

A esa hora solía bajar con sus amigas a la piscina. A ellas les había dicho que no la llamaran, bajaríamos y sus padres darían por hecho que estábamos con ellas, hasta las 18:00, que era cuando bajaban con su hermano pequeño a la piscina, teníamos tiempo de estar a solas... Luego a la *pisci* y..., si podían acercarse después de cenar otro rato..., ya sería perfecto. Ya iríamos viendo.

Me sorprendió la habilidad que mi amiga había desarrollado en poco tiempo para inventarse cosas... Aluciné con lo bien que se le daba mentir, ¡¡no se le notaba nada!!

Comimos, eran las 15:30, estábamos preparando la mochila para salir cuando sonó el móvil.

«¿Estáis listas preciosas?, yo ya estoy en la puerta y Róber me ha dicho que llega en 5 minutos».

—¡Qué nerviosa estoy Marta! ¿Y tú?

—Yo..., no puedo ni andar, me tiemblan las piernas.

Creo que no había estado tan nerviosa en mi vida, tenía frente a mí al chico más guapo de todo el colegio... Y me estaba esperando. Róber era rubio, alto y tenía los ojos azules (sí, el típico guapo de diccionario). En los últimos meses se había puesto además bastante fibrosillo, Lidia y yo solíamos llamarle «el cachitas».

—Estás guapísima Marta —Róber me lo dijo mientras se acercaba a mí para darme dos besos.

—Gracias —si me costó decirle esta simple palabra, no quería ni pensar lo que iba a costarme mantener una conversación con él. Algo en el estómago, que no eran nervios, me avisaba de que aquello no estaba del todo bien... Deseché aquella idea, bastante tenía con los nervios.

Lidia, en cambio, ya había cogido al Zanahorio de la mano y mantenía con ambos una agradable conversación. Empezaba a creer que aquello había sido un error..., que no estaba preparada para ello... Casi me dieron ganas de salir corriendo.

—Marta, vamos, he pensado un sitio donde estaremos tranquilos y no moriremos de calor —Lidia tenía razón, estaba siendo un inicio de septiembre muy caluroso.

En su urba había una zona de árboles bajos y arbus-

tos. Estaba cerca de la piscina, pero a esa hora no había nadie en ningún lugar. Hacía calor, la gente dormía la siesta en casa y, de todos modos, los arbolitos impedían que se viera desde la pisci lo que ocurría allí.

—¿Os parece si os quedáis aquí y..., de paso, echáis un ojo por si..., se acerca alguien? —dijo Lidia y, por primera vez, me pareció notar cierta vergüenza en su voz —mientras, nosotros estaremos ahí— con una mano sujetaba la de Luís y con la otra señalaba a un lugar que quedaba totalmente oculto entre los arbustos.

Por alguna razón, me acordé de los cuentos y películas de princesas... Esas escenas románticas en las que, tras muchas aventuras, el príncipe se acercaba totalmente enamorado a la princesa y la besaba en los labios... Aquella trama tenía tan poco que ver con lo que soñaba desde niña que..., sentí cierto rechazo interior... igual después de todo sí que era «tan YO»...

Marta se fue a su escondite con Luís, sin atreverse a mirarme y.... yo me quedé en nuestro semi escondite con Róber.

Nos sentamos en el césped y él se puso a mi lado. Me cogió la mano y empezó a jugar con ella mientras me preguntaba cosas del cole, las clases que tenía, profesores... Después de unos 15 minutos la conversación se fue haciendo menos forzada y se parecía bastante a una charla entre conocidos, no puedo decir que entre amigos, pero ya era un comienzo.

El roce de su mano en la mía empezó a parecerme más agradable y empecé a sentir un cosquilleo en la boca del estómago, que se parecía algo a lo que sentía cuando lo había pensado en mi imaginación...

—¿Sabes Marta? —le miré como pidiéndole que continuara hablando— nunca imaginé que estuvieras tan colada por mí —sé que me puse colorada al instante..., di gracias de que no pudiera ver mis orejas con el pelo suelto... Seguro que les faltaba poco para alcanzar la ebullición. ¿Cómo podía decirme eso ahí? En

un acto reflejo retiré la mano de entre las suyas, me sentí absolutamente ridícula y avergonzada —No te enfades —dijo soltando una carcajada— yo también estoy pillado contigo... Desde que me lo dijo Lidia, no he podido pensar en otra cosa.

Eso mejoraba discretamente la situación, aunque..., todo aquello me resultaba como frío, tan preparado, tan poco romántico...

—Vaya..., algo es algo —dije mirando como mis manos arrancaban el césped sin parar.

—En serio —continuó diciendo— tienes los ojos más bonitos que haya visto jamás, tu... —su voz sonó algo tímida en esa ocasión o temerosa— tu... pelo es espectacular y... tienes un tipazo.

No sé por qué, pero aquello me hizo reír, la conversación volvió a ser fluida durante la siguiente media hora y Róber volvió a atreverse a cogerme la mano y a arrimarse más a mí.

Entonces me di cuenta de que ya eran las 17:30, los amantes de Teruel tenían que ir saliendo de su escondite si no queríamos meternos en un lío. Se lo comenté a Róber y, tras darme un pico que no me esperaba, cogió el móvil.

«Dejad el resto para luego..., la piscina se está llenando de gente».

Cinco minutos después, salían de su escondrijo. Lidia tenía los labios colorados, estaba despeinada y... con la ropa mal colocada. Debió notar que la miraba, porque intentó arreglarse un poco sin mirarme a la cara.

—Madre mía Luisito —le dijo Róber— no tienes pinta de haberlo pasado nada mal —le dio un codazo en el brazo, después de ponerse de pie— veo que has triunfado.

—Bueno..., sí..., Je, je, je... no lo hemos pasado mal, ¿verdad preciosa?

Vi aparecer la desilusión en el rostro de Lidia. Estaba a punto de responder indignada ante aquellos dos trogloditas cuando ella respondió:

—La verdad es que lo hemos pasado genial —y abrazó a Zanahorio.

¿Qué había sido aquello? No entendía nada, conocía bien a Lidia (o creía que la conocía) y sabía que no le había gustado mucho la actitud de ellos, ¿por qué parecía encantada de la vida?

Ellos salieron del escondite por detrás, nosotras por delante, metiéndonos directamente en la piscina. El plan era que ellos volverían a la urba a las 22:00, después de cenar. Los padres de Lidia la dejaban salir los fines de semana hasta las 24:00 con sus amigas.

Mientras estábamos sentadas en el bordillo de la piscina, un poco retiradas del resto de la gente, Lidia me contó lo que había ocurrido tras los arbustos, la de veces que Luís le había dicho que la amaba, sus besos apasionados «como los de las pelis de amor»..., sus caricias... En fin, me lo contó casi todo y con más detalle del que me hubiera gustado, a decir verdad. No sé si todo aquello era una comedura de tarro mía, pero me daba la sensación de que Lidia estaba exagerando una ilusión que no sentía o que, desde luego, sentía mucho menos de lo que parecía. Había algo de forzado en su forma de hablar.

—No sabes lo que se siente cuando te acarician «así».

—¿Así cómo? ¿Con tanto..., amor? —pregunté.

—Ja, ja, ja, tía, eres la caña, a veces no sé si eres así de inocente o solo te lo haces... Eso también... Pero me refiero a «otras caricias» —y me miró con picardía—, si quieres te hago un esquema ja, ja, ja o, como dice mi padre, te saco los *Play Móvil* para enseñártelo.

—Te... te... ha... —de nuevo mis orejas en ebullición—. Pero...

No tenía palabras, me vino a la mente mi celebración de cumpleaños, tan solo unas semanas atrás y me eché a reír.

—Pero tía, tú estás mal Martita, ¿qué te pasa ahora?

No podía parar. Entre risas le dije que me había venido a la mente mi celebración infantil del 13 cumpleaños. Lo habíamos celebrado en el *Burger* y luego habíamos ido al cine a ver *Aladino*, ahora me parecía aquello tan fuera de lugar..., ja, ja, ja... Solo hacía un par de semanas.

A Lidia aquello no le hizo mucha gracia.

—Baja el volumen, monina, y mira, que tú seas una niñata y que tus padres te traten como si tuvieras cinco años aún, no quiere decir que las demás tengamos que serlo. Yo siempre he sido más madura que tú, mis padres son más liberales que los tuyos... Y eso, guapa, se nota. Si no te gusta cómo soy ahora, ya sabes dónde tienes la puerta.

Me quedé callada...Es posible que tuviera razón, igual no tenía que..., en fin, mi intención no había sido ofenderla. Pero aquello me había dejado confundida y la imagen de mi cumple, tan infantil..., y las caricias..., íntimas de las que ahora me hablaban..., su pelo despeinado, su ropa arrugada y descolocada, sus labios..., en fin...

—¿Sabes? Róber me ha dado un pico. —Necesitaba que supiera que no era una niña tonta... Y es lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿¿¿Te ha dado un pico??? ¿¿¿Ya??? —su rostro se transformó de golpe en ese de «¿en serio tíaaaa?» que ponemos de vez en cuando con nuestras amigas, y empezó a reírse a carcajadas—. Vaya... ¡¡¡Y parecía tonta!!! ¡¡Qué guardadito te lo tenías!! Y yo sintiéndome..., en fin..., rara... Coste en acta que YOOOO tardé más de cinco días en darme un pico con Luis —añadió guiñándome un ojo.

Prueba superada, se había eliminado el abismo que parecía separarnos hace tan solo unos instantes... El resto de la

tarde la pasamos bañándonos, tomando helados, riéndonos y contándoles «nuestros secretos» a las amigas de urba de Lidia, que también contaban, entre risas, los suyos. El pico de Róber, el chico mayor de mis sueños al que acababa de conocer, me había colocado en el top ten de las chicas de allí, todas quería hablar reír y hacerse selfis conmigo... Era parte del grupo.

Contentas, subimos a cenar y nos metimos una hora en el baño a ponernos guapas.

A las 10 menos cuarto ya estábamos abajo..., hablando con nuestras «amigas» y esperando a «nuestros chicos».

Cuando llegaron volví a sentirme «rara», mi «yo» no terminaba de sentirse a gusto en esa situación... Tuve la sensación de haber pasado de 0 a 100 en unos segundos... Vértigo, sí, eso es lo que sentía. Vi las caras de admiración de las vecinitas al ver a Róber... Y las babas de algunas también las vi..., a decir verdad. La verdad es que estaba tan guapo... Pensé que cualquiera de ellas moriría por estar en mi lugar y me di cuenta de cómo alguna, incluso, «se posicionaba» para hacerlo.

Me acerqué a él y le saludé, él me cogió de la mano y volvió a darme un pico, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—Hola Marta, no sabes las ganas que tenía de volver a verte —me dijo al oído.

De pronto sentí todas esas cosquillas, mariposas que no había sentido antes... Lo que pensé que debería sentir en una situación como aquella y que los nervios, miedos y, seguramente también, los prejuicios y la educación que había recibido, no me habían dejado sentir horas antes... El corazón se me derretía y me sentí como una princesa Disney a la que su príncipe elige por encima de cualquier otra.

—Nos vamos a otro lado a seguir..., charlando, Lidia —le dijo Luís en voz alta.

Ella sonrió y le cogió de la mano. Róber me apretó la mano.

—Marta y yo también vamos —y me guiñó un ojo.

Las demás nos miraron mientras nos íbamos, entre sorprendidas, contrariadas y con cierta envidia (o eso quería yo pensar).

Volvimos al «escondite» y sentí cómo la princesa se empezaba a esfumar. Luís y Lidia desaparecieron y nosotros nos quedamos solos.

—Esta tarde estaba que me subía por las paredes, Marta, me moría por hablar contigo... No sabía si tú sentías lo mismo que yo... Y... el que no tengas móvil me tiene descolocado, nunca he salido con nadie sin móvil. No poder chatear con mi chica, saber qué hace, contarle cosas... En fin.

Lo había soltado todo de sopetón, mientras me agarraba fuertemente la mano.

—Lo entiendo, pero..., a mí..., me gustas... y mis padres no me dejan tener móvil.

—Lo sé, lo sé cielo —¿me había dicho cielo? ¡La princesa Disney estaba haciendo aparición «*again*»— déjame terminar...

—Vale —le dije sonriendo— termina...

—Mira —sacó de su bolsillo un móvil— mis padres me regalaron un móvil nuevo para mi cumple, he pensado que este sea para ti —puso el móvil en mis manos— he creado una cuenta de Instagram para ti @soytumarta y otra de Snapchat, así podremos hablar cuando haya *WiFi*, estemos donde estemos... Miré el móvil sin atreverme a agarrarlo, lo había deseado durante años... Bueno, al menos los últimos dos años, pero..., no así... Me sentía culpable solo por sostenerlo.

—Róber, no puedo aceptarlo..., mis padres, ellos, no quieren y..., me matarían si se enteran.

—No seas niña, Marta, tus padres viven en el siglo pasado, ¡esto no es un invento demoniaco! ¡Es solo para hablar! Una de las cosas que uno aprende, cuando se hace mayor, es que los

padres también se equivocan... Pero claro, te saco casi dos años de edad... Ya lo aprenderás —estaba serio, muy serio— anda trae el móvil, vamos con las demás mientras estos terminan con lo suyo.

Tenía razón, me estaba comportando como una niñata... Lo de mis padres no era normal, se equivocaban, ahora lo veía claro..., y no podía perder al chico de mis sueños por una cabezonería de mis padres.

—No, Róber, ven por favor..., —toqué su brazo—. Tienes razón, ellos se confunden, dámelo anda.

Volvió sobre sus pasos... Me cogió de la mano y me llevó hacia él.

—Siento haberme enfadado, pero..., es que, cuando lo doy todo, me gusta que lo den todo por mí también... Y..., creo que tú a veces..., no..., estás dispuesta a darlo todo.

—Perdona, a veces tengo la sensación de que todo va demasiado rápido y..., me cuesta. Pero contigo..., estoy dispuesta, solo ten un poco de paciencia, ¿vale?

Róber se pegó más a mí, el corazón me latía a mil por hora, cientos de mariposas me invadían por todos lados y sentía un calor febril que no me dejaba pensar. Me besó.

Estábamos acostadas mirando al techo... Corría una airecito agradable, se estaba tan bien... Lidia me había contado lo que había ocurrido en su segundo encuentro con Luís. Parecía que lo suyo iba en serio y su..., digamos, intimidad... viento en popa diría yo. Yo..., le había dicho lo de nuestro primer beso... y lo del segundo... y el tercero. Le había hablado de cómo me había dejado llevar, incapaz de pensar en nada que no fuera en lo que estaba pasando y cómo mi cuerpo había reaccionado a todo aquel mar de sensaciones... Y también le había hablado del móvil.

Lidia estaba encantada con «mi otro yo», yo..., la verdad, no lo sé, estaba dividida entre todo lo que había sentido aquella noche que con Róber, el sentirme aceptada por todos, el

sentirme..., deseada..., y la farsa en que me estaba convirtiendo, engañando a las personas a las que, hasta ahora, más había amado..., mi familia. Y digo «hasta ahora» porque, ahora estaba Róber y a él le quería incluso más.

Yo no era mi hermano, estaba creciendo, y me merecía lo que estaba viviendo, eso lo tenía bastante claro. Mi «nuevo móvil» empezó a vibrar...

«Hola mi amor, ¿cómo estás? ¡Qué ganas de tenerte en mis brazos otra vez!».

Un escalofrío recorrió mi espalda, mi amiga llevaba un rato con su móvil, así que...

«Hola, Róber..., yo... También 😊».

«No sabes lo que me ha costado..., no..., ir a más contigo, eres la chica más..., la que más buena está de con las que he estado».

«Vaya..., tú... bueno, tú..., eres el primero je, je, je, así que también el mejor».

«Ja, ja, ja. ¿Sabes? Me estoy enamorando como un tonto de ti, no puedo pensar en nada más».

«Je, je, je. ¡Qué tonto! Yo..., llevo así por ti desde los 9 años, te gano».

Tardó unos minutos en responder y empecé a ponerme nerviosa, igual le había molestado lo de «tonto». No sé, lo mismo esperaba un «yo te quiero más» o algo más romántico.

«¿Te gusta cómo te beso? ¿Te gustan mis caricias?».

Respiré de alivio, no estaba enfadado..., tenía que relajarme con el uso del móvil o moriría de desesperación.

«Me encantan, Róber, no quería que pararas».

¿De verdad había escrito que no quería que parara? Iba a pensar que..., pensaría que era una cualquiera..., me tapé los ojos instintivamente con la almohada.

«No sabes lo que me alegra oírte, yo sentía lo mismo que tú».

Uf, menos mal, no quería parecer demasiado puritana, pero tampoco una lanzada... Y..., con esto del móvil, había descubierto que no me paraba demasiado a pensar.

«¡Qué bien, Róber! Hace dos semanas, si me llegan a decir esto..., no me lo hubiese creído».

«Pues créetelo, preciosa (corazón, corazón, corazón)».

Llevábamos escribiéndonos más de una hora...—Marta, ¿sigues despierta? —me dijo de pronto Lucía.

—Sí, estoy hablando con este.

—¿Sabes? Le he dicho a Luís una barbaridad... Pero es lo que siento...

—¿Qué le has dicho Lidia?, me das miedo —dije riendo a car-

cajadas—. ¿No te da a veces la sensación de que las cosas van demasiado deprisa?

—Bueno —me contestó nerviosa— un poco sí..., pero..., creo que, si lo sentimos debemos expresarlo o seremos unas falsas. Mañana ya seremos unas aburridas cortarollos como nuestros padres, ¿no? —dijo guiñándome un ojo.

—Creo que, igual tienes razón... —o eso quería que mi cabeza pensase ahora—. ¿Qué le has dicho?

—Que... que estaba dispuesta a todo por él. Que me vuelve completamente loca.

Sonreí.

—¿Y él qué te ha dicho?

—Que él cada día necesita más conmigo... —Me quedé en silencio... Una parte de mí gritaba que aquello era demasiado para unas chicas y chicos de nuestra edad, pero otra gritaba mucho más fuerte, que también quería más de todo aquello.

—Lidia..., ahora te entiendo... Hace unas semanas confieso que era incapaz de hacerlo... Pero ahora yo también quiero más.

Nos dimos un fuerte abrazo y terminamos por dormirnos a eso de las 5 de la mañana... Mi amiga me había confesado entre susurros, que había llegado a desnudarse delante de Luís y yo que las caricias habían ido a «determinadas zonas», aunque por encima de la ropa, en la segunda ocasión.

Si me hubiera detenido a pensarlo, me hubiera dado cuenta de que la impresión que daba actuando así, no era la adecuada. Si... me hubiera parado a releer las cosas que nos escribimos aquella y las demás noches, pocos días después de mi 13 cumpleaños, seguramente hubiera muerto de vergüenza antes de mandarlas... Pero todo el mundo lo hacía, aquello era normal... ¿Por qué no iba a hacerlo yo, si cada poro de mi piel me lo pedía con una urgencia que desconocía hasta entonces?

LA VIDA SIGUE

Aquel día marcó un antes y un después en mi día a día. Empecé a mentir por norma, normalmente lo hacía en cosas pequeñas, sin importancia... Pero había días en que había que hacerlo por todo lo alto.

Llevaba mes y medio saliendo con Róber: chateábamos por el móvil, nos liábamos en el baño del cole, en un sábado de cine en el que los padres no sabían que los chicos también irían, en una fiesta de cumple... y en la urba de Lidia, a la que solía ir bastante. Cuando estaba en casa, me encerraba para hablar con él, o con mis amigas, sobre él... o sobre los novios de ellas. Y, claro, los estudios empezaron a flojear bastante.

Róber, Lidia, las demás chicas de la urba y algunas de las del cole, habían pasado a serlo todo para mí. Mi familia, en cambio, representaba todo lo que yo no era ahora, lo que no quería ser, representaban aquello en lo que no quería pensar, porque tenerlos «cerca» me hacía sentir peor conmigo misma, peor persona. Mientras ellos siguieran siendo los «malos», los «retrógrados», los «absurdos», yo seguiría siendo la chica joven, «abierta», «libre», «seductora» y «atrevida», que tantos elogios obtenía.

Había pasado como un mes desde que Lidia me había llamado una noche a las 12 entre llantos y risas. Me metí en el

baño de la habitación y le pregunté en susurros para no despertar a mis hermanas:

—Lidia cielo, ¿estás bien?, ¿has visto la hora que es? Suerte que estaba de charla con Róber. Je, je, je.

—Sí guapa, estoy bien, bueno... Muy bien.

—¿Y por qué sueñas tan apagada?

—Es que..., estoy asimilando lo que acaba de ocurrir... con Luís.

—¿No te habrá dejado ese cabrón? Si te ha puesto los cuernos, lo mato —escuchaba de fondo los sollozos de Lidia—. ¡Te juro, mi vida, que le mato!

De un tiempo a esta parte, nuestro lenguaje se había vuelto como muy meloso (lleno de cariños, amor, cielo, guapa, preciosa), como para ensalzar nuestra amistad, no solo entre Lidia y yo, sino entre las demás «amigas» de clase y de la urba y, a la vez, bastante vulgar (cargado de palabras soeces, de tacos...), como para demostrar y demostrarnos que ya no éramos unas niñas. Daba un poco la sensación de que estábamos metidas en una especie de culebrón barato.

—No, qué va..., cielo, no es eso..., Luís y yo lo..., lo hemos hecho esta tarde.

Y..., volvió a sonar un pequeño sollozo al otro lado del teléfono. Llevaba tiempo diciéndome que tenía ganas de acostarse con él... No entendía qué podía ocurrirle ahora...

—Lidia, cariño y, ¿por qué estás triste entonces?, ¿te ha tratado mal?, ¿no ha sido como esperabas?

—No, Marta, no es eso... Hemos podido hacerlo en mi casa, aprovechando que mis padres se llevaban a Pablo al cine a ver una peli de dibujos, en una cama... Como tantas veces hemos hablado. Me..., me ha dolido, pero..., soy muy feliz —sin embargo, volvió a sollozar— mucho..., Luís es el amor de mi vida... Y...

—¿Entonces?